

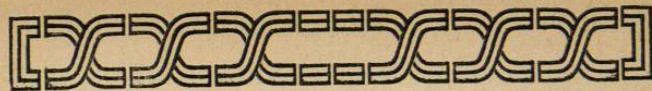
PQ4726
P418
M8

~~~~~  
Esta obra es propiedad; la presente edición se publica debidamente autorizada.  
~~~~~



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Tipografía LA EDITORA.—San Bernardo, 19, Madrid



I

El colega con faldas.

HABÍA llegado á una posición envidiable, y, sin embargo, se consideraba infeliz.

El ingenio despierto, pronto, penetrante; el trato noble, espiritual, simpático; la índole, la conversación, el acento de la voz, la expresión del rostro, el ademán, la agudeza en el razonar, la gracia en el saludo: todo contribuía á hacerla agradable, á proporcionarle la estimación, el favor, la benevolencia de todos.

Pero lo que principalmente aumentaba sus atractivos, añadiendo un esplendor, casi un efluvio de singular amabilidad á sus encantos, era la disposición habitual de su instinto pudoroso y la reserva virginal con que la señorita Ida Piumetti sabía mezclar de modo admirable la desenvoltura, la alegría y la elegancia con un continente modesto y lleno de dignidad, que prevenía los peligros y mantenía á raya á los provocadores y á los aventureros.

Hija única de un modesto empleado del Gobierno, había perdido á su padre en la más tierna edad, permaneciendo sola en el mundo y sin más amparo que el de su madre, la cual se había

011769

impuesto sacrificios indecibles para atender á las angustias domésticas y para educarla según las conveniencias de la familia.

Llegada á la edad de la reflexión, la pobre Ida no tardó en comprender las dificultades de su estado, dificultades por las cuales se veía obligada á crearse una manera de vivir que le permitiera atender á sus propias necesidades y á las de su madre. Venció, por consiguiente, toda repugnancia y se resignó á realizar los estudios precisos para ingresar en Telégrafos. Hizo unas oposiciones brillantísimas, y entre un centenar de competidores fué la preferida para ocupar un puesto en las Oficinas centrales de Correos y Telégrafos.

Aquel día, que para otros hubiera sido de satisfacción y de contento, el día que tomó posesión de un empleo ganado por sus propios méritos, fué para Ida un día de tristeza y de angustia, porque, debiendo desempeñar su destino en compañía de otros telegrafistas, del sexo masculino en su totalidad, la pobre joven comprendía cuán penosa y difícil había de resultar su posición; y no porque temiese afrontar los peligros, á cuyo encuentro caminaba y contra los cuales se sentía defendida por la dignidad y la firmeza de su carácter, sino porque la afligía el presentimiento, casi la certeza de que encontrándose en medio de tantos hombres, aun cuando fueran bien educados y corteses, por lo mismo que eran más diestros en el oficio no verían en ella más que *un empleado*, y quizás un rival en la llamada «lucha por la vida.» Presumía, pues, con su natural perspicacia que no sólo le serían negados los miramientos debidos á la debilidad y timidez del sexo, que el hombre bien educado dispensa siempre á la mujer casera que se conforma con agrado, sino que sus colegas de profesión, tratando con ella como se trataban entre sí y molestados por no encontrar correspondencia en la libertad del lenguaje, vedada á ella por el propio decoro, de seguro abusarían de su debilidad, para mortificarla, humillarla y hacerle más amarga, por lo tanto, su condición.

Los hechos probaron á Ida con exceso que no se había engañado en sus presentimientos.

En la sala donde nuestra heroína debía prestar su servicio el tono y el estilo de la conversación estaban ya fijados por acuerdo espontáneo de los oficiales de Telégrafos, jóvenes todos ellos, solteros, incapaces de faltar á las conveniencias de la vida mundana ó de mostrarse ineducados; pero, por eso mismo, libres de prejuicios, de conversación abierta, prontos, á divertirse y distraerse del aburrimiento burocrático con charlas alegres y equívocos atrevidos, siempre á expensas de la religión y del pudor.

Cuando apareció, pues, en medio de ellos el nuevo colega con faldas, muchos que habiéndose encontrado con la joven fuera del edificio no se hubieran atrevido á usar el lenguaje que adoptaban entre sí, entonces se apresuraron á tratarla como á *uno de los suyos*, en la seguridad de que por el hecho de ser telegrafista Ida debía mostrarse digna de pertenecer al *tercer sexo*, y ellos estaban dispuestos á ayudarla en esta transformación; á *virilizarla*, en una palabra.

La pobre Ida, herida en lo más hondo de su alma y ofendida en sus sentimientos más íntimos por aquel lenguaje, se defendía como podía; con el silencio, con la seriedad, con la palidez ó el carmín de su rostro, disimulando y variando prontamente el asunto de la conversación, y también algunas veces con la dignidad de su continente severo y altivo.

Pero cuanto más refractaria se mostraba ella, tanto más tenaces y obstinados parecían sus compañeros en amansar su altivez, llegando á urdir una verdadera conjura, y aunque sin traspasar ciertos límites, fuera de los cuales podrían ser tratados como verdaderos bellacos, continuaron con mayor insistencia en atormentar á su víctima, no sin prudencia, para negarle al mismo tiempo el derecho de resentirse, dolerse ó defenderse abiertamente. Palabras gruesas, frases satíricas, alusiones equívocas, anécdotas picantes, burlas mordaces, guiños, miradas y risas

expresivas fueron las armas adoptadas sin tregua ni reposo para asediarla, oprimirla y obligarla á rendirse.

Tanto más penosa fué aquella persecución, cuanto menos descarada y más sorda, lenta é incesante era: una guerra de alfilerazos, de rasguños, de estocadas que quitaban á la pobre Ida las fuerzas para resistir, y hasta el aliento y la vida. La joven se asemejaba al ratoncillo caído en las garras de un gato que se entretiene y divierte en prolongarle la vida para hacerle morir con mayor crueldad. ¡Una joven honrada, pura, tímida, de sentimientos nobilísimos, arrojada en medio de aquellos libertinos, verdaderamente expertos en el arte de cubrirse con todos los atavíos de la etiqueta mundana!

No obstante, la situación de la joven era irremediable. Dando una queja á los jefes no haría más que empeorar su causa, porque ningún hecho particular podía facilitar motivo para formular una acusación formal, ni podía fundarse en una determinación concreta. Además, estaba sola contra todos, y, lo que era aun peor, en el círculo de los empleados sería considerada como espía, no alcanzando otra que extender y reavivar la persecución que venía sufriendo.

¿Podría renunciar al destino y atender por otros medios al propio sostén y al de su madre? Si hubiera sido sola, no habría vacilado en hacerlo, dispuesta como estaba á cualquier sacrificio, hasta á emprender las labores más humildes, para ganarse un pedazo de pan. Pero su madre era cada vez más vieja, y necesitaba tantos cuidados y tantas atenciones! Mediante su sueldo podía atenderla con el mayor esmero; sin él, no veía más que privaciones, tristeza, miseria, la muerte de quien le había dado la vida y por quien hubiera inmolidado la suya propia sin vacilar.

Para colmo de males, el amor filial la obligaba á esconder sus penas, á disimular, á encerrar en el fondo de su corazón el inmenso pesar que sentía, por temor de entristecerla y hacerle demasiado amargo el pan que la sustentaba.

—¿Por qué, hija mía—le decía algunas veces su madre mirándola fijamente,—por qué te has vuelto tan seria y tan meditabunda, desde que vas á la oficina? ¿Por qué comes con menos apetito que antes, y por qué te esfuerzas en hacerlo para darme gusto? Estás pensativa, no alegre y satisfecha como en otras ocasiones... ¡Pobre Ida de mi alma! ¡Demasiado sé que la vida que ahora llevas no es para ti! En fin, hágase la voluntad del Señor!

Y al decir esto volvía el rostro para enjugarse una lágrima, ó se levantaba de improviso para ocultar á su hija la emoción que la embargaba.

Ida sentía aumentar las penas de su corazón, exacerbadas por el silencio que tenía que guardar en casa para ocultárselas á su madre; pero, firme en su oculto heroísmo, realizaba muchas veces esfuerzos increíbles para persuadirla de que todo iba bien y que estaba contenta con su suerte.

Sin embargo, cuando se encontraba sola en su pequeño dormitorio, la aflicción, la angustia y el dolor disimulados le subían desde el corazón á los ojos, y salían de ellos envueltos en amargas lágrimas.

¡Cuán infeliz se consideraba entonces!

Luego, si volvía la mirada hacia lo porvenir y se preguntaba cuánto habría de durar aquel doble martirio, le parecía que su corazón iba á estallar y á nublarse su razón en el delirio, y que se hallaría como persona extraviada en un subterráneo que viera apagarse de improviso la luz que llevara en la mano para alumbrar su salida.

Suplicio terrible y sublime el de la virgen pura é hija amante, obligada á agonizar para no mancharse y para no descubrirse.



II

La heroína del feminismo.

UNA mañana que estaba libre de servicio y se distraía leyendo un capítulo de la *Imitación de Cristo* para confortar y restaurar su espíritu atribulado, Ida oyó sonar el timbre: fué á abrir la puerta, y se encontró frente á frente de una aparición tan grotesca y tan antipática, que, de no vedárselo la educación, le hubiera dado con la puerta en las narices.

Cuando un momento después aquel extraño fenómeno se reveló á Ida anunciándose como la señora Schwitzer en persona, que iba á avistarse con la señorita Piumetti, para asuntos de gran interés, la joven, que aunque la veía por primera vez la conocía mucho por la prensa, experimentó tal disgusto, que si hubiera cedido al primer impulso de antipatía, la hubiese echado á rodar por la escalera.

Naturalmente, venció su repugnancia; acogió á la visitante con frases corteses, y la hizo entrar en su modesta sala.

No había duda: era la gran heroína del feminismo, á cuya defensa había dedicado el ingenio, la fortuna, la fuerza, la vida; la promotora infatigable de la emancipación y de la perfecta igual-

dad entre la mujer y el hombre en todos los derechos y cargos públicos.

Hija de un importante industrial alemán, desde niña había mostrado aptitudes é inclinaciones más masculinas que femeninas. Esposa á los diez y ocho años de un conde protestante, un año después rompió las cadenas del matrimonio, y se unió con los únicos vínculos del amor á un oficial de caballería, y luego con un autor de comedias muy aplaudido. Pero también con éste se disgustó, por divergencias de opiniones y discordias científicas sobre la cuestión del feminismo: al cabo de seis meses de convivencia recobró la libertad, no sin que aquel loco artista la mandase al Diablo, además de prometer copiarla en un drama como tipo de la mujer intratable, añadiendo á este cumplimiento una *caricia* tan expresiva, que la señora Schwitzer conservó siempre en el rostro una gloriosa cicatriz.

Desde entonces juró por el alma de su *mejor amigo* — un soberbio papagayo fallecido de muerte prematura por una indigestión de perejil — que no volvería á ser esclava de ningún hombre, y cumplía fielmente su palabra.

Se apresuró en seguida á recorrer el mundo como un verdadero *krota-tierras*, visitando sus cinco partes y recogiendo grandes tesoros de documentos etnográficos, históricos y estadísticos sobre la condición de la mujer en los diversos pueblos de la Tierra. Después de veinte años de peregrinación mundial, durante los cuales había visitado á Italia muchas veces, decidió establecerse en ella definitivamente para comenzar en este pueblo su apostolado científico y práctico en favor del feminismo. Dos razones principales la movieron á hacerlo: los atractivos de la Naturaleza y del arte en tan bello país, y el estado de lamentable inferioridad en que se encuentra la mujer italiana respecto del hombre, por las costumbres semi-bárbaras de la Edad Media todavía profundamente arraigadas en la vida de familia.

En su larga estancia había aprendido tan perfectamente el italiano, que no sólo lo escribía con corrección, sino que lo hablaba con facilidad, á lo que añadía cierto encanto el propio defecto de su acento germánico. Comenzó, pues, á publicar en varios periódicos artículos llenos de fuego sobre la triste condición de la mujer italiana comparándola con la de los otros países, para deducir de ello el estado de opresión y esclavitud en que la tienen encadenada las tradiciones antiguas, con intento de provocar un movimiento de emancipación y de rehabilitación que correspondiera á las exigencias de la moderna evolución social. Al apostolado doctrinal por medio de la prensa añadió la acción práctica, mediante conferencias especialmente. Ya había dado algunas en varias ciudades de Italia con un buen éxito verdaderamente extraordinario de curiosidad y de hilaridad, provocada esta última por la novedad del tema y por el extraño y grotesco aspecto de la oradora, que era, como veremos pronto, verdaderamente original.

En el momento actual, para dar mayor amplitud y estabilidad á su empresa, trataba de organizar una Liga internacional con el propósito de conseguir la rehabilitación de la mujer; Liga en la cual, habrían de entrar comités nacionales, regionales y locales, para consolidar la obra ya existente y promover un gran movimiento de avance, especialmente en Italia.

Entre las personas que podían concurrir á formar el primer núcleo de la organización nacional é internacional para la rehabilitación de la mujer en la ciudad donde la oradora vivía, atrajo desde luego su atención nuestra telegrafista, la cual, por sus dotes naturales, por los estudios que había hecho, por los idiomas que conocía—además del italiano, el francés, el inglés y el alemán,—y sobre todo por su profesión, le pareció á la señora Schwitzer una *fuera* de primer orden, y la consideraba como su ya futura secretaria general.

Por eso había ido á visitarla, con la esperanza de infundir

en Ida el propio entusiasmo que ella experimentaba por la gran empresa.

El momento era solemne: se trataba de una obra mundial. ¡Y qué obra! ¡La emancipación, ó mejor, la rehabilitación de la mujer! Y esto era el primer paso en el campo práctico, paso en que la genial protagonista del movimiento, quería asociar á Ida como primera cooperadora á un hijo predilecto del *bel paese*.

Adoptó, por lo tanto, una actitud digna de ella, é inspirada en la solemnidad del momento, mientras Ida al verla enfrente de sí habría soltado una sonora carcajada si las penas que estaba sufriendo no le hubiesen quitado su antiguo buen humor.

¡Qué extraño fenómeno se presentaba ante sus ojos! Alta, seca, amojamada y con el rostro casi bronceado por efecto de sus largos viajes por Asia y África, la señora Schwitzer apenas tenía de femenino más que la falda; y aún ésta era tan corta y tan ajustada como si también ella, por la ley de la *idiosincracia*, tendiese á cambiar de especie, y se hallara en un estado intermedio de evolución. Todo lo demás era viril: sombrero, blusa, almilla, corbata, y, en fin, una petaca que asomaba por el bolsillo del pecho.

Apenas hubo tomado asiento manifestó que, atraída por las eminentes prendas que adornaban á la señorita, había ido á proponerle una misión digna de su gran inteligencia, segura de que habría de abrazar con entusiasmo la noble causa que ella defendía, constituyéndose en su fiel aliada, en su noble compañera de luchas y victorias.

Ida inclinó la cabeza casi instintivamente, pero siguió mirándola con aire de indiferencia.

Entonces la señora Schwitzer le preguntó si la molestaba el olor del tabaco, y habiendo obtenido una respuesta negativa, se puso en pie, se quitó el sombrero y lo arrojó sobre una silla, en-

cendió un cigarrillo, volvió á sentarse, colocando una pierna sobre la otra, y encajándose los impertinentes, empezó á hablar y á fumar con la mayor tranquilidad.

—Veinte años hace que recorro el mundo y estudio el feminismo práctica y teóricamente—dijo. Veinte años de viaje en todas las partes del globo, y veinte años de preparación científica, me dan derecho para tratar con pleno conocimiento de causa la cuestión del feminismo.

—¡Sí—pensó para sus adentros Ida—si tu aspecto no bastase para demostrar que has perdido el sentido común!

La otra continuó:

—Conozco perfectamente á la mujer de todos los países y de todos los siglos.

—¡Y no te conoces á tí misma, ó por lo menos, no sabes cuán ridícula eres!—siguió pensando Ida, que hubiera querido mostrarle un espejo.

—Poseo como fruto de mis estudios y de mis viajes un tesoro inmenso de recuerdos, hechos, datos estadísticos. Nada de cuanto se ha publicado respecto de esta cuestión en los distintos idiomas de Europa me es desconocido. Tengo una biblioteca, quizás única en su género por su valor.

—¡Como su dueña!—continuó pensando Ida, que ya estaba indignada con tanta desfachatez.—¡Merecerías que te encerrasen en ella con los ratones, y así no me molestarías ahora con semejantes fanfarronadas!

—Mucho más podría decir á usted en abono de mi competencia sobre la materia del feminismo; pero, ya que el tiempo es precioso para usted, y para mí también, puesto que tengo necesidad de hacer hoy mismo algunas otras visitas, confío en que lo poco que acabo de indicarle bastará para persuadirla de que el asunto para cuya cooperación vengo á solicitar el auxilio de usted es tan serio y positivo cuanto lo es la persona que tiene el honor de hablarle por primera vez.

—¡Te has juzgado á tí misma, espantajo!—dijo mentalmente Ida; y tuvo que refrenar la cólera para no dirigirle el insulto en voz alta: de tal manera se sentía fatigada con aquella charla aburrida.

Pero la otra interrumpió su soliloquio, y adoptando una actitud más solemne todavía, sacudiendo ligeramente con el dedo meñique la ceniza del cigarrillo que tenía entre el pulgar y el índice, y arrojando una nueva bocanada de humo, dijo con sonrisa de complacencia digna de Cristóbal Colón cuando hubo descubierto la América, ó de Newton cuando instituyó las leyes de la gravitación universal.

—Permita usted, pues, ¡oh mi distinguida señorita!, que le exponga en breves palabras mi designio acerca de la rehabilitación intelectual, moral, económica, política y social de la mujer, y sobre la organización nacional é internacional del movimiento feminista, en cuya realización confío que desempeñará á mi lado usted parte principalísima.

Para no estallar, Ida apretó las uñas contra la palma de las manos hasta hacerse sangre.

Observando la otra que la joven se mostraba fría é indiferente, cambió de registro diciendo:

—Pero antes quisiera hacer á usted una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué piensa usted del moderno feminismo, y cuáles son sus principios y sus juicios sobre este tema de tanta actualidad?

—Nadie está más persuadida que yo de la necesidad de rehabilitar á la mujer emancipándola del estado de esclavitud á que la tienen condenada la tiranía y los falsos convencionalismo del hombre.

—¡Muy bien! ¡Admirable! ¡Encantadora! ¡En la primera ocasión debe dar una brillante conferencia, estilo Marx-Nordau, sobre estas mentiras convencionales! ¡Yo le proporcionaré los materiales, el orden, la trama, todo! ¡Veo que estamos de perfecto acuerdo!

—¡No tanto como usted se imagina!

—¿Cómo? ¿Sobre qué no?

—Sobre el punto de partida.

—¿Por dónde quiere usted comenzar?

—Por la reforma del hombre.

—¿De qué reforma habla usted?

—De la moral.

—¡No comprendo! Se trata de la mujer, no del hombre.

—Justamente. Para rehabilitar y libertar á la mujer, quisiera antes reformar moralmente al hombre.

—¿Por qué?

—Para obligarle con la ley inviolable de la conciencia á no abusar de su fuerza y de su superioridad con daño de la mujer, á respetar su sensibilidad, su parte débil, á no circundarla de tantas envidias, á no oprimirla con tantos asaltos, á no engañarla, á no hacer de ella un instrumento de sus pasiones. ¡Éste es mi feminismo! Feminismo que obligando al hombre á respetar la debilidad, la dignidad y el honor de la mujer, le forzaría por eso mismo á tratarla como compañera de su vida, y á fraternizar con ella en la familia, que es la primera escuela del individuo y la piedra angular de la sociedad. Entonces, salvo las naturales excepciones, tendríamos no solamente en el campo, sino también en las ciudades, el hombre íntegro y puro que se asociaría por el hábito indisoluble de la vida á la mujer íntegra y honrada, y encontraría, según la frase sublime del Génesis, la compañera semejante á sí creando con ella el santuario del hogar doméstico. Tendríamos entonces, conforme á las leyes de la Naturaleza, que divide en dos mitades casi idénticas la humana familia según la diferencia de los sexos, tantos hombres como maridos y tantas esposas como mujeres, salvo siempre las necesarias excepciones.

La señora Schwitzer movió la cabeza y arrugó el entrecejo. Pero Ida, sin intimidarse por ello, continuó:

—Y toda vez que el hombre y la mujer, por la propia constitución física y por la índole moral, están destinados naturalmente á unirse y perfeccionarse formando una sola individualidad doméstica, *dos almas en un solo cuerpo*, como dice también sublimemente el Génesis, el hombre con su esposa y con su familia resultaría perfecto; perfecta y contenta la mujer con su marido y con su familia. Vaya usted, pues, á buscar el ideal de la mujer feliz, que ha recobrado su dignidad, que desenvuelve sus aptitudes, que cumple todos sus deberes domésticos y sociales, que siente placer en ocupar el puesto fijado por la Providencia. No lo encontrará más que en una buena *madraza*, toda de su marido y toda de sus hijos, centro de sus afanes y de sus cuidados. Pero para dar á la mujer lo que le corresponde, para no abusar de la fuerza física, para no oprimirla, para no degradarla, es conveniente que el hombre dé á la conciencia lo que es de la conciencia, ó, para decirlo al modo antiguo, dé á Dios lo que es de Dios.

Viendo á su interlocutora mover los labios y hacer un gesto de burla Ida, la miró fijamente, y sonriendo á su vez, replicó con más ánimo que antes:

—Ríase usted, señora; pero sepa que su sonrisa no me confunde ni me intimida. Reconozco mi inferioridad en materia de competencia científica y práctica sobre el argumento del moderno feminismo. Pero eso no me quita el derecho de juzgar con mi humilde sentido común que el hombre, por naturaleza igual y juntamente superior á la mujer, sólo dejará de abusar de su superioridad para negarla y violar sus derechos, cuando sepa hacerlo por deber de conciencia hacia Dios, que es superior á ambos y Señor de todos; esto es, cuando sepa reconocer, como dice Coopée, que

La vida es un combate cuya palma está en el Cielo

—¡Oh; que historias!—dijo la otra sin poder contenerse.

Pero Ida no permitió que la interrumpiese, y levantando la voz cada vez con mayor fuego y tono más alto, continuó:

—Sí, señora: para mí, para usted, para toda persona seria, el feminismo debiera comenzar con la reforma moral del hombre. Realizada ésta, he aquí curadas radicalmente todas las llagas que infectan á la sociedad moderna; la esclavitud y el embrutecimiento de la mujer débil, pobre é indefensa, la trata de blancas; el celibato licencioso, la prostitución, cada vez más frecuente entre las menores de edad, con todas sus ruinosas consecuencias para la familia y para la sociedad, y especialmente para la mujer, cuya emancipación, suprimido esto, quedaría asegurada no siendo ya esclava, sino libre y soberana; soberana de los afectos y reina del hogar doméstico.

—En suma; yo no he venido para oír discursos, sino...

—Perdone usted, señora—replicó sonriendo Ida, sin darle tiempo para acabar la frase;—pero nosotras las italianas, especialmente las mujeres, somos todas oradoras. Déjeme, pues, añadir que si el hombre fuese menos egoísta y menos brutal con la mujer, menos hipócrita en halagar su vanidad con los requiebros de la etiqueta, y menos villano en obligarla á servirle de recreo; si supiera apreciar el amor, la generosidad, la felicidad, la inmoción, los sacrificios de que ella es capaz á todas horas siempre que encuentra un hombre que sabe tratarla como íntima compañera de su vida respetando su timidez... ¡cuántas flores no brotarían en el sendero de su vida, cuantos horizontes no abriría ante su mente, qué alegría y qué paz florecería bajo el lecho doméstico, fundando la felicidad propia en hacerle feliz! Byron dice: ¡Oh gloria; tu más hermoso rayo es una sonrisa de mujer! Y Dante cantó:

*E la mia vita e tutto il mio valore
Mosse dagli occhi d'quella pietosa.*

—¡Fantasías de poeta!—exclamó la otra moviéndose con impaciencia en su asiento.

—¿Fantasías de poeta?—replicó Ida con mayor insistencia todavía. En los ojos serenos y en la alegre sonrisa de la mujer sujeta al hombre porque está satisfecha de él, me parece á mí que es donde el hombre recto quiere encontrar la mayor felicidad y la más poderosa ayuda en sus empresas. He leído en estos días las Memorias del escultor Dupré. En ellas dice, hablando de su boda con una pobre planchadora: «Éste fué en verdad el más grande acontecimiento de mi vida, el que tuvo la más saludable influencia sobre mis trabajos, sobre mi paz y sobre la prosperidad y moralidad de mi familia.» Y añade:

«Yo creo que si me hubiese unido á otra mujer, hubiera sido un marido detestable y un pésimo artista.» Nuestro gran pintor moderno Morelli, escribe á su cuñado Villari después de la muerte de su cristiana mujer: «¡No tengo ya ideas; no sé ya pintar; nadie me sugiere nada!» Cumpla el hombre su reforma moral, para sentirse obligado en conciencia á tratar á la mujer como compañera y aliada fiel en la lucha de la vida: la mujer quedará con esto rehabilitada, y habrá alcanzado su verdadera libertad y la perfección á que está destinada. El hombre, la familia, la sociedad no experimentarán todas estas ventajas que se derivan del cuerpo humano con la regular circulación de la sangre, hasta que el corazón—y el corazón es la mujer en el cuerpo social—ejerza bien sus funciones vitales. Pero en vez de esto...

Aquí Ida se calló, mientras la otra permanecía inmóvil y mirándola con asombro.